

PEDAGOGÍA Y ORATORIA

FIDEL Y CHÁVEZ

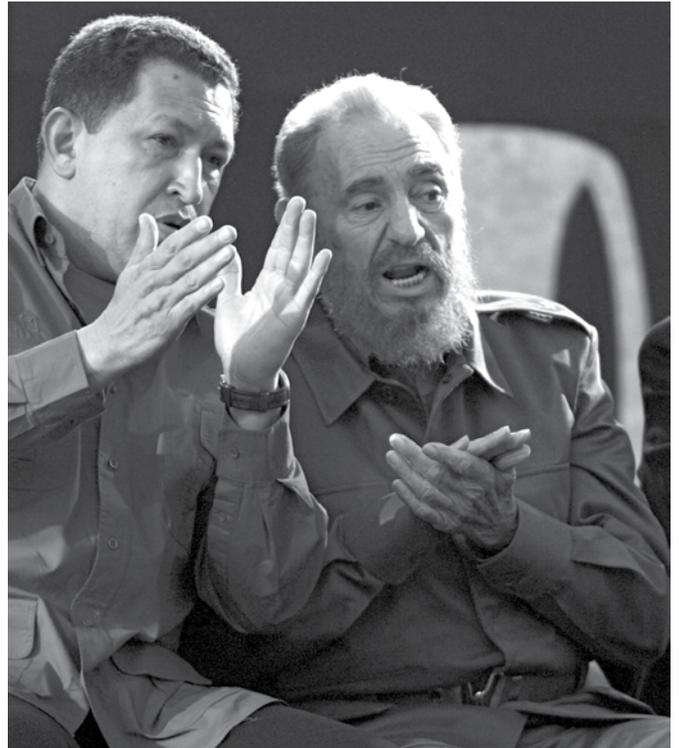
Rafael Cuevas Molina

En América Latina han existido diferentes formas de aproximación pedagógica a los sectores populares, que van más allá de entender la escuela y el aula como los únicos espacios naturales para ejercer la docencia. Han sido intentos por superar las trabas que significa la existencia de grandes masas de analfabetos, de amplios sectores marginados respecto de los sistemas de comunicación contemporáneos o, simplemente, por entrar en contacto directo con amplios contingentes de población involucrados, o que se desea que se vean involucrados, en cambios sociales en marcha.

Estos esfuerzos se han realizado desde distintas disciplinas y prácticas entendiendo a la educación, en un sentido amplio, como fuente de criterios para analizar, situarse y entender el mundo. Y, en un sentido restringido, como canal de concientización y eventualmente de movilización, en primer lugar política, proporcionando elementos para posicionarse en el marco de la lucha de clases.

Solo a manera de ejemplo, y para mostrar la amplitud del abanico de estas opciones a las que nos referimos, mencionaremos aquí al Teatro del Oprimido, impulsado en Brasil por Augusto Boalque, que influenciado por la pedagogía del oprimido propuesta por Pablo Freire se propuso aportar, desde la práctica teatral, a una *educación social*.

Aquí nos interesa resaltar la dimensión pedagógica de ciertas prácticas retóricas, que se pueden inscribir en este amplio abanico del que hablamos. Nos interesa particularmente el papel que ha jugado en la práctica política de ciertos dirigentes, cuya retórica ha sido reiteradamente caracterizada como “pedagógica”. La estrecha vinculación entre retórica y educación no es exclusiva de América Latina ni de la contemporaneidad. Como se sabe, ya en la Antigüedad occidental, específicamente en su vertiente griega, los retóricos fueron los grandes filósofos de la educación, y “durante la Edad Media, la retórica ocupó un papel fundamental en la educación, siendo una de las tres artes del Trivium medieval. El arte de la argumentación y de la persuasión era considerado una de las competencias básicas que debía desarrollar cualquiera que accediera a



los estudios universitarios”.¹ Por otra parte, advertimos que no utilizamos el concepto de retórica en el sentido más común que le ha atribuido la modernidad occidental, es decir, como sinónimo de falsedad o de discurso vacío de contenidos prácticos, científicos o racionales. El concepto al que aquí adscribimos, por el contrario, parte de la idea según la cual el proceso educativo es, en esencia, un proceso retórico en el que, mediante el discurso, un sujeto intenta convencer a otro de aceptar ciertas opiniones, conocimientos o habilidades como verdaderas, o realizar determinadas acciones, convencido de que son adecuadas, pertinentes, útiles o buenas.

La idea central de esta concepción a la que adscribimos es el de la *persuasión*, es decir, la de la capacidad de conseguir con razones y argumentos que una persona actúe o piense de un modo determinado. No se trataría, por lo tanto, de *imponer* unas ideas u opiniones sobre otras, sino de ofrecer argumentos que ayuden a construir un

¹ L.A. Monzón-Laurencio, “La retórica, otra ciencia de la educación”, *La colmena* (enero-marzo 2014), México D. F., p. 29.

pensamiento con criterios propios. Visto de esta manera, el proceso retórico lo que buscaría sería ofrecer elementos para la construcción de un pensamiento crítico basado en criterios propios, con lo que, siguiendo a Luis Antonio Monzón, podríamos decir que “existe un vínculo natural entre la retórica y la educación”.² Nos ocuparemos aquí, pues, de discursos políticos que, utilizando la persuasión, se proponen ofrecer herramientas para comprender el mundo a amplios sectores de la población, con el fin de movilizarlas en el marco de procesos de transformación social que se caracterizan a sí mismos como vinculados a lo popular o lo revolucionario.

Para tales fines, proponemos como modelos de tal tipo de discursos los de los máximos dirigentes de dos procesos de transformación social del siglo XX: el de Cuba, que llegó al poder del Estado en enero de 1959; y el de Venezuela, que se inicia con la llegada al poder del llamado Movimiento Quinta República en 1998, lo que significa poner atención, respectivamente, en Fidel Castro y en Hugo Chávez. Ambos dirigentes caracterizaron sus respectivas gestiones como jefes de Estado y, al mismo tiempo, como líderes de procesos signados por la amplia movilización social, por el uso de una retórica pedagógica orientada a establecer una estrecha comunicación con quienes consideraron los sujetos del cambio social, y a quienes ellos llamaron “el pueblo”. Esta retórica educativa se inscribe en una larga tradición que tiene como destinatario a los sectores populares, a los excluidos, a los marginados y discriminados, y que entiende que solo con su movilización consciente, formada e informada, podrán acceder a la construcción de un mundo de mayor igualdad y equidad. Ambos dirigentes son considerados aquí como “líderes (que) vienen a acortar la distancia que la sociedad tuvo con el estado durante décadas, (y que) resguardan una portentosa eficacia para interpelar a la ciudadanía y despertar sus capacidades”,³ según nos dice la argentina Alejandra Varela. Queremos destacar de lo dicho por Varela lo referente a la capacidad de *interpelar y despertar capacidades* en la ciudadanía, es decir, como motores generadores de dinámicas dormidas en contingentes sociales que podríamos caracterizar como enajenados, entendiendo la enajenación como robo de la propia conciencia, o como situación que caracteriza a la conciencia vuelta contra sus propios intereses.

En este sentido, nos separamos de la concepción del *líder carismático* como “histrión autoritario y totalizador, que lo abarca todo y canaliza la acción política hasta el límite de reemplazar la acción del pueblo”,⁴ y más bien lo

consideramos un *movilizador argumentativo*, que educa a las masas en la medida en que les ofrece bases para construir criterios explicativos no enajenados de sus propios intereses. Dice Varela que: “Con su palabra el líder intenta pensar todo de nuevo, poner en discusión lo establecido y confrontar con otras formas de poder. Necesita que sus argumentos, que su arma de batalla intelectual sea lo suficientemente clara para la mayoría de la sociedad a la que intenta convencer, modificar en sus viejas creencias”.⁵ Frente a las concepciones tecnócratas de la vida social, dominantes en nuestros días tanto en el ámbito de la educación como en el de la política, la consideración de la oratoria movilizadora como elemento educativo central y constitutivo de la vida social, suena a algunos como adscribir a formas “primitivas” de la política, que apelan a la épica movilizadora de las emociones. Según estas posturas, esta situación sería propia de quienes se mueven en un espacio anterior (prepolítico) o marginal a lo político, y que para constituirse como tal deberían enrumbarse no por la dirección movilizadora del discurso que tratamos, sino atravesar los filtros de la institucionalidad, su racionalidad técnica, “hasta constituirse en presencia de lo impresentable”,⁶ proceso que puede ser entendido como “depuración” civilizada de lo bárbaro. El líder carismático, sin embargo, debe ser entendido como la instancia de síntesis del maremágnum de procesos y hechos desatados en los procesos de cambio, sin cuya intervención —dice Laclau— no se efectuaría la inscripción de los sectores marginales en la política,⁷ por lo que su papel no solo es necesario sino que, además, es muestra de avance democrático.

Por otra parte, desde el punto de vista eminentemente educativo, la participación del momento de síntesis y elaboración del líder carismático no debe ser entendido como sustitutivo de otras dimensiones importantísimas de la práctica educativa de la sociedad. Éste refiere fundamentalmente a la comprensión de la dimensión política general por las causas de los procesos de transformación, pero no se aboca ni le interesan aspectos particulares que constituyen objeto primordial de los procesos educativos. Para ello se formulan e impulsan políticas educativas específicas, acordes con las condiciones y necesidades concretas de cada caso en particular. Pero también dentro del marco específico de la pedagogía, la retórica tiene qué aportar en la búsqueda de perspectivas nuevas apegadas a dinámicas propias.⁸ Como se sabe, nuestra imagen de la ciencia proviene de la

² *Ídem*, p. 33.

³ A. Varela, “Liderazgo, pedagogía y oratoria en los líderes latinoamericanos”, X Jornadas de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, en *Acta académica* (<http://www.aacademica.org>), Universidad de Buenos Aires, 2013. Localizable en: <http://www.aacademica.org/000-038/157>, consultado el 19/08/2017.

⁴ Richard Sennet, citado por A. Varela en *Op. Cit.*

⁵ *Ídem*.

⁶ R. Espósito, *Diez pensamientos acerca de la política*, Fondo de Cultura Económica, México, 2012, p. 23.

⁷ D. Gutiérrez Vera, “Ernesto Laclau: el populismo y sus avatares”, en *Ícono*, Revista de Ciencias Sociales. Núm. 40, 2011, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-Sede Académica de Ecuador, Quito, p. 151.

⁸ Seguimos a continuación el razonamiento de L.A. Monzón-Laurencio, *Op. Cit.*, pp.35-36.

modernidad, especialmente del positivismo del siglo XIX. Según esta concepción de ciencia, que muchos jamás se cuestionan, ésta se encuentra regida por algunos principios, entre los que interesa destacar los siguientes: a) Racionalidad. Indica que la razón, sobre todo la razón lógico-matemática, debe predominar. Por ello vemos que muchas ciencias sociales para parecer más científicas recurren a la estadística de modo exagerado. Por lo mismo, las conclusiones de la ciencia deben ser apodícticas. b) Empirismo. De acuerdo con este principio, la ciencia debe estudiar únicamente objetos empíricos, observables, demostrables. Todo lo demás es mera especulación y, por lo tanto, no es científico. c) Univocidad. Las explicaciones y teorías científicas no pueden ser distintas ni mucho menos contradictorias entre sí. Como decía Descartes, si dos personas tienen versiones distintas, una de ellas debe estar equivocada. d) Objetividad. El discurso debe ser objetivo, es decir, las cosas deben hablar por sí mismas, sin intervención de los deseos, expectativas, estados de ánimo, intereses políticos o religiosos de los investigadores.

Desde el mismo inicio de la ciencia moderna, estos principios han sido criticados. Aunque dichas críticas cobraron mayor fuerza durante el siglo XX, cuyos anclajes datan del siglo anterior. Han surgido muchas manifestaciones distintas que se oponen a la visión moderna de la ciencia, desde aquellas que aceptan algunos principios y rechazan otros, hasta aquellas que rechazan todos. Estos cambios han afectado la imagen que tenemos de las ciencias en muchos campos, pero en el caso de las ciencias sociales éstos han tardado en aceptarse. Las ciencias de la educación mantienen aún una visión moderna de las ciencias y se han adentrado poco en otros paradigmas epistemológicos. Es por ello que, entre los intentos por situar a las ciencias de la educación en un nuevo paradigma, se halla el de hacerlo dentro de un enfoque retórico. ¿Qué significa esto? Entre otras cosas, entender a la retórica como teoría de la argumentación, como un método de la pedagogía. Cuando el sujeto se volvió racional y la racionalidad se consideró universal, entonces la retórica perdió su papel. Desde Aristóteles sabemos que existe una diferencia entre demostrar y argumentar. Las ciencias modernas son demostrativas y, por ende, abandonaron la argumentación. Ahora, siendo la retórica una ciencia de la argumentación, una ciencia con enfoque retórico sería aquella que regresa a la idea de argumentar lo que dice y no sólo demostrarlo. Es decir, implica una ciencia que acepta que no existe una única racionalidad, sino razonabilidades múltiples. Una ciencia, entonces, que no busca lo racional sino lo razonable, lo cual es especialmente útil y necesario al hablar de educación. Los sistemas modernos de educación son totalitarios, porque sus contenidos de aprendizaje y sus métodos son universales, esto es, válidos para cualquier ser racional. Pero en la actualidad, si aceptamos que la

racionalidad no es universal, entonces una ciencia de corte retórico sería aquella que busque lo razonable en lugar de lo racional. Así se acerca más a lo propiamente humano que es el saber narrativo y no al saber formalizado de las matemáticas, que no debe ser eliminado en su totalidad, pero sí debemos reconocer que sus verdades son limitadas, más aún en un campo como el de la educación.

Entendida así, la argumentación del líder carismático se inserta en un proceso educativo de nuevo tipo, que forma parte de una dinámica que busca cambiar a la sociedad, legitimar la nueva racionalidad que le es inherente, para lo cual debe reestructurar el nuevo entramado lógico, mostrar sus principios fundantes y articuladores y convencer de su asertividad, de donde se desprende la centralidad del *poder de convicción* del orador, la importancia de sus *cualidades de comunicador*.

La investigadora venezolana Adriana Bolívar ha estudiado tales aspectos para el caso de Hugo Chávez, quien, considera, “ha empleado el discurso de manera muy estratégica para lograr que una proporción significativa del pueblo se identifique con él”.⁹ Para ella, es importante examinar el fenómeno de la relación entre discurso y acción política y social, con el fin de comprender lo que significa para su repertorio lingüístico, para su interpretación y comprensión de los fenómenos políticos y para su participación consciente en la vida política.¹⁰

Al decir de Alina Bestard, los discursos políticos de Chávez, en su contenido y forma, han contribuido a la construcción de la realidad del venezolano moderno, creando o reforzando patrones de comportamiento y de conducta que marcan momentos histórico-políticos que el país refleja. Asimismo considera que, a diferencia de lo que ocurre en contextos políticos de otros países, gracias a él, el lenguaje político venezolano se extendió a todos los sectores de la sociedad, pasó a ser parte de su cotidianidad, y logró un amplio consenso para la Revolución Bolivariana.¹¹

El liderazgo carismático de Chávez surge en un momento en el que parecía que tales figuras habían desaparecido en América Latina. Éste tipo de dirigentes había sido sustituido por figuras políticas *construidas* desde los medios de comunicación, respaldados por estrategias de marketing político. Desde esta perspectiva, la identidad construida acude a las estrategias de la

⁹ A. Bolívar, “La descortesía como estrategia política en la democracia venezolana”, en *Actas Del Primer Coloquio de EDICE*, Universidad de Estocolmo, Suecia, 2003, p. 214. Localizable en: http://www.su.se/polopoly_fs/1.135443.1369041503!/menu/standard/file/1coloquioEDICE.pdf, consultado el 28/08/2017.

¹⁰ Bolívar estudia, específicamente, el papel de la descortesía y el insulto dentro de los discursos.

¹¹ Véase A. Bestard, “La oratoria de Hugo Chávez Frías: expresión de su liderazgo político y pedagogía popular”, en *EFDeportes.com, Revista Digital*, Buenos Aires, Año 18, 2014, N° 190. Localizable en: <http://www.efdeportes.com/>, consultada el 28/08/2017.

promoción del producto (en este caso la figura política) como una mercancía en un mercado competitivo. Una de las características de este tipo de construcciones mediáticas es la endeblez real del producto político promovido y promocionado, cuyas bondades pueden ser reales o ficticias, naturaleza que queda fácilmente al descubierto una vez que se logran los objetivos de promoción del producto. De ahí deriva, en buena medida, la decepción posterior de los “consumidores”, que se sienten estafados por haber comprado un producto distinto al promovido.

Al político tradicional no le interesa en absoluto promover la educación de las masas, es decir, su conocimiento de hechos y procesos por sus causas, lo que es equivalente a decir desarrollar su pensamiento crítico sino, por el contrario, le parece necesario esconder o disimular los manejos de la cosa pública, a la que generalmente llegan para promover sus propios intereses y los de grupos cercanos que lo apoyan. Esta actitud de no interés por la construcción de una conciencia crítica, no solo del político con identidad construida por los medios, sino en general de los grupos sociales a los que pertenece, se extiende más allá de lo aquí señalado, hasta la misma educación formal. Por el contrario, como lo indica Bestard, Chávez “es alguien que contiene la potencia de lo histórico y que habla de las posibilidades de los sujetos. El líder podrá ser un ser excepcional pero también recupera esa singularidad oculta en cada persona, lejos de masificar, estos líderes han interpelado a su ciudadanía, han despertado las capacidades de sus pueblos”.¹²

Debe acotarse, sin embargo, un aspecto esencial: el discurso, la retórica verbal, obtiene su sustento en la práctica. Sin el respaldo de políticas que se orienten a *transformar positivamente* la vida concreta de la gente, el discurso se torna un mensaje vacío. Esas políticas, sin embargo, deben ser explicadas, porque por lo general se trata de rupturas con el orden “natural” que hasta entonces ha prevalecido. De ahí que se necesite de un ciudadano informado y, muchas veces, beligerante en el contexto de la lucha de clases, que en esas condiciones se agudiza. Quiere decir lo anterior que la naturaleza misma de los procesos de cambio radicales necesita de matrices educativas que posibiliten la construcción de consensos de respaldo, informados y críticos. El líder carismático, si existe, juega un papel central en ellas, y su no existencia dificulta la comprensión de los cambios y puede llevar al traste todo el proceso.

Es en este sentido que la retórica de Chávez puede ser catalogada como pedagógica, en la medida en que, además de lo ya expuesto, su discurso persiguió “poner al

descubierto los mecanismos que servían para sostener un orden de cosas que debía ser cambiado y las transformaciones y decisiones que era preciso tomar. Esta oratoria busca recuperar la autoestima del pueblo, construir fortalezas morales. Es una época que exige que todo sea repensado en un nuevo orden sociopolítico”.¹³

Como dijimos al inicio, consideramos a Hugo Chávez y a Fidel Castro como representativos de este tipo de liderazgo carismático, emisor de discursos con implicaciones pedagógicas en América Latina. Sin embargo, queremos apuntar con Bestard que:

La oratoria de Chávez tiene puntos de contacto con la de Fidel en lo que a su vinculación con el pueblo se refiere. Sin embargo, el protagonismo que Chávez le proporciona a su pueblo en la toma de decisiones conjuntas, en los análisis que hace sobre los problemas económicos, en ese afán didáctico de enseñarlo a evaluar la realidad actual venezolana, en cuanto a todo ese proceso transformador que está llevando a cabo, es mayor. Quizás esto tenga su explicación en la urgente necesidad de desarrollar una inmediata toma de conciencia política en un pueblo que había sufrido el engaño y el olvido de los gobernantes anteriores. Queda claro, no obstante, que en sus discursos políticos el mensaje que se transmite no es solamente sobre el mundo o sobre una situación socio-política particular de Venezuela, es sobre todo, un mensaje donde se revela el poder y la autoridad del pueblo que encuentra en él a su principal vocero.¹⁴

Según esta autora, son rasgos característicos de la oratoria de Chávez la claridad, la sencillez, la sencillez, la fluidez, la naturalidad, el impacto, el léxico y los refranes populares. Por su parte, como se sabe, la figura de Fidel Castro ha quedado indisolublemente ligada a la del orador. En general, sus discursos eran largos. Él lo sabía bien y por eso le gustaba tanto bromear en torno a esta capacidad. Iniciaba sus intervenciones resistiéndose a intervenir, asegurando que los organizadores del acto le habían preparado una encerrona, que “si lo sé no vengo”, prometiendo ser por una vez breve.¹⁵ Esa posibilidad de ocupar un estrado, posicionarse en él y desarrollar un largo discurso en el que se argumenta concienzudamente y, además, que muchas veces la alocución pueda transmitirse a través de la televisión o la radio, solo puede concebirse en un contexto en el que los medios de comunicación no se encuentran al servicio de intereses privados, ligados a los vaivenes del mercado y la necesidad de la ganancia, sino de un proyecto social y político determinado. El escritor

¹³ *Idem.*

¹⁴ *Idem.*

¹⁵ L. Martín Salgado, “Fidel Castro, un orador privilegiado”, en *El mundo*, 26/11/2016; localizable en: <http://www.elmundo.es/internacional/2016/11/26/5839e475e5fdeab0f8b4652.html>, consultado el 30/08/2017.

¹² *Idem.*

colombiano, Premio Nobel de Literatura, Gabriel García Márquez, describía así su “devoción por la palabra, su poder de seducción”:

Empieza siempre con voz casi inaudible, de veras entrecortada, avanzando entre la niebla con un rumbo incierto, pero aprovecha cualquier destello para ir ganando terreno palmo a palmo, hasta que da una especie de gran zarpazo y se apodera de la audiencia. Entonces se establece entre él y su público una corriente de ida y vuelta que los exalta a ambos y se crea entre ellos una especie de complicidad dialéctica, y en esa tensión insoportable está la esencia de su embriaguez. Es la inspiración: el estado de gracia irresistible y deslumbrante, que sólo niegan quienes no han tenido la gloria de vivirlo.¹⁶

El profesor cubano Osmel Reyes considera que “La escuela cubana reconoce el valor que tiene el pensamiento de Fidel Castro para la educación de las nuevas generaciones; en particular para la educación histórica, que no se puede concretar al margen de sus discursos de contenido histórico, pues revelan la percepción y agudeza de Fidel Castro para analizar críticamente la historia pasada y reciente, de esta última como uno de sus más destacados protagonistas”.¹⁷ Reyes desarrolla en su artículo diversas estrategias para aprovechar en el aula los contenidos históricos de los discursos en cuestión.

La argumentación de Reyes no se encamina en la dirección de la nuestra, que cifra la valoración del discurso en el acto mismo de la alocución *in situ*, pero refuerza la idea que sus contenidos tienen un sentido educativo importante, que trasciende la energización para la movilización o la simple arenga que entusiasma. Es importante también porque sitúa la práctica oratoria de Castro en un contexto socio político que constituyó a la educación como uno de los pilares básicos de su proyecto. No es un secreto, en este sentido, que junto con el sistema de salud y el apoyo al deporte, las evaluaciones que se hacen a la educación en América Latina en los últimos sesenta años, sitúan a la educación cubana en los primeros lugares. Sin embargo, en nuestra opinión, más allá de la calidad de la información del discurso, que puede ser utilizada en la educación formal, lo más importante de los discursos de Fidel Castro radican en la búsqueda por construir un ciudadano lo más informado posible, que acuerpe conscientemente el proceso en el que está involucrado; que se transforme en protagonista, en sujeto, y deje de ser solo objeto de la

política, que se acuerda de su existencia en las democracias liberales solamente cuando deben convocarlo a las votaciones periódicas, en las que se eligen autoridades gubernamentales.

La concientización a través del conocimiento de las causas, los vínculos determinantes y las consecuencias necesarias constituye la desiderata central de toda educación que se considere crítica. Es, por ello, un vehículo de desenajenación o desalienación, esa forma de humanización a la que se accede, según Marx, en primer lugar erradicando la apropiación privada del producto del trabajo y, luego, superando la subsunción en los avatares de la cotidianidad que no permite ver más allá de la satisfacción de las necesidades propias de la reproducción de la vida. La desalienación, el desarrollo humano pleno, es objetivo último de la educación crítica, que en el caso de Cuba cristaliza en la utopía de la construcción de un ser humano nuevo, que alcanza su máxima expresión en el pensamiento y la práctica de Ernesto Guevara de la Serna. Su concreción se entiende como un proceso en el que confluyen múltiples factores, tanto de orden material como espiritual y simbólico, y en cuyo marco y dinámica creemos que deben entenderse las arengas populares y educativas de Fidel. Estas, representan un testimonio del respeto que se tiene por las masas, por el pueblo, al que no se le dice qué tiene que hacer y por dónde ir, sino que se le convoca, se le conversa, se le ofrecen argumentos, datos y razones para que sepa decidir con conocimiento de causa, interiorizando y haciendo suyas las ideas que considere justas, razonables, creíbles y compartibles.

No se trata del convencimiento a través del *gingle*, el mensaje pegajoso y edulcorado asociado a la publicidad comercial, que es de uso común en la política tradicional de la democracia liberal. No es el mensaje dirigido al subconsciente en el que se entrelazan las frustraciones y las esperanzas nunca satisfechas. No; es el mensaje con contenidos que ofrece datos, cifras y nombres; que identifica procesos, responsables y consecuencias para aclarar el panorama del mundo en el que se vive; el que, en última instancia, es responsable de lo que pasa en la vida cotidiana, esa que parece tan lejos y sin nexo causal con esos procesos remotos que no atañen a los simples mortales. ☒

Rafael Cuevas Molina (Guatemala, 1954). Profesor investigador guatemalteco del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional de Costa Rica; presidente de la Asociación por la Unidad de Nuestra América (AUNA-Costa Rica); escritor con ocho novelas publicadas; artista plástico con más de 15 exposiciones individuales. Ha publicado libros de ensayo sobre la cultura en Costa Rica, Guatemala y Centroamérica, el último con la Editorial Universidad Estatal a Distancia (EUNED) de Costa Rica: *Buscando el futuro-crisis civilizatoria y posneoliberalismo en América Latina*, junto a Andrés Mora, con quien publicó también en la misma editorial: *Latifundio mediático y resistencias sociales en América Latina*.

¹⁶ G. García Márquez, “Gabriel García Márquez: El Fidel Castro que yo conozco”, en *Cubadebate*, 13 de agosto 2009; localizable en: <http://www.cubadebate.cu/opinion/2009/08/13/gabriel-garcia-marquez-el-fidel-castro-que-yo-conozco/#.WagHIYqQzy8>; consultado el 31/08/2017

¹⁷ O. Reyes Pacheco et.al. (sf), “Aproximaciones a la oratoria de Fidel Castro”; localizable en: <http://www.monografias.com/trabajos84/aproximaciones-oratoria-fidel-castro/aproximaciones-oratoria-fidel-castro.shtml>, consultado el 31/08/2017.